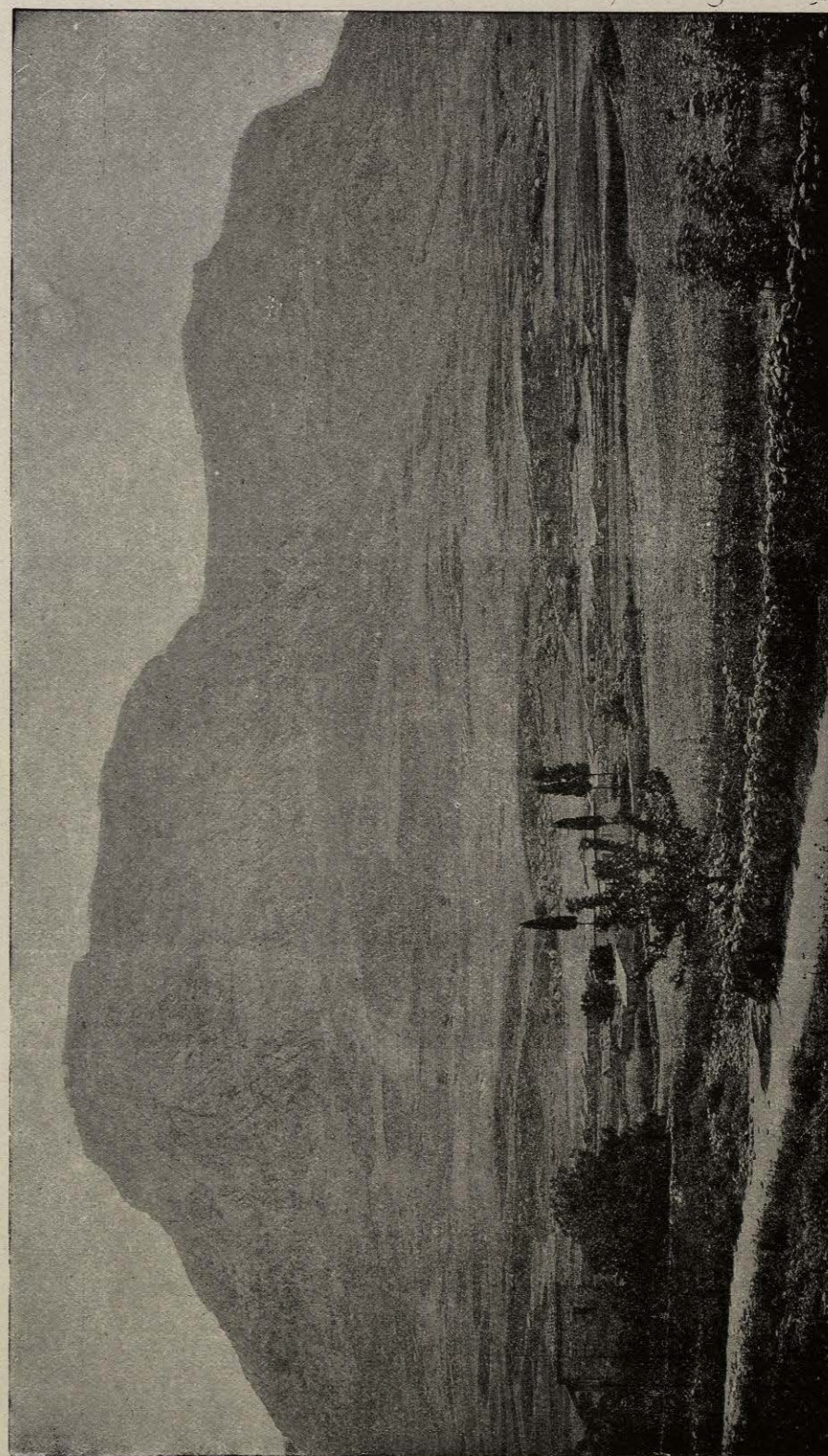


En cambio de su trabajo, los Ilotas esclavizados no tenían ningún derecho y podían considerarse dichosos si les contaban entre aquellos á quienes se les dejaba la vida. Se celebraba el acto de embriagarlos, mostrándoles innobles y asquerosos, para que los niños, orgullosos de su más noble sangre, aprendiesen á despreciar aquellos esclavos; se necesitaba odiarles cuando había peligro; se mataba á los más fuertes y á los más bellos, para que no tuvieran el audaz pensamiento de compararse con sus amos: en la guerra del Peloponeso, cuando los Espartanos pudieron temer una insurrección de la multitud esclavizada, ¿no se llegó hasta ponerse á concurso la dignidad de ciudadano, con objeto de hacer una selección de los más valientes, y después, cuando se presentaron dos mil de esos ambiciosos de libertad, no se les hizo desaparecer, según dice Tucídides, en una tenebrosa emboscada?

Forzados así por su propio destino, prisioneros de su propio crimen de guerra y de opresión, que les obligaba á guerrear, á oprimir incesantemente, los «héroes» Espartanos habían invariablemente de escoger por aliados entre sus vecinos las familias aristocráticas, ambiciosas, como ellos, de reducir el pueblo á la sumisión y hasta á la servidumbre; estaban condenados al mal, lo mismo que á la ignorancia. En el gran peligro común, cuando se vió ponerse en movimiento el inmenso ejército de los Persas y de los Medas con el propósito de anonadar la pequeña Grecia, los Espartanos se hicieron más de una vez los aliados del déspota extranjero, y cuando, por último, la dominación de Lacedemonia fué terminada, aquellos de entre sus ciudadanos que sobrevivieron se dedicaron, como digno fin de su carrera, á la profesión de guerreros á sueldo en las bandas de algún tirano.

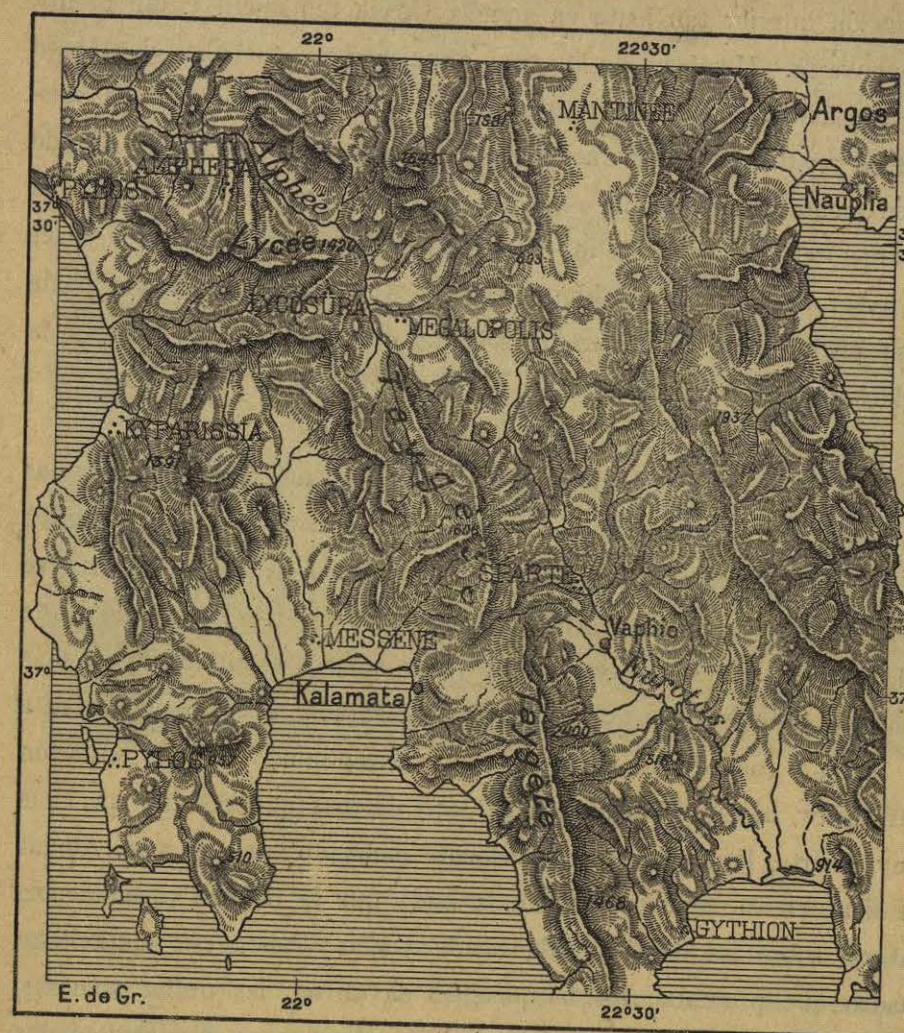
Por otra parte, su sangre no renovada por los cruzamientos, había sufrido la decadencia que hierne inevitablemente á todas las aristocracias: su número, computado en diversas épocas, atestiguaba un decrecimiento gradual, causado mucho más por la decadencia de la raza que por las pérdidas de hombres en las batallas. Al fin llegaron á no ser bastantes para arriesgarse á combatir solos; ya no podían entrar en campaña sino apoyados por aliados y mercenarios. Es un hecho histórico curiosísimo la duración más de cinco veces secular



C. Roux

ACROCORINTO

N.º 166. Laconia y Mesenia.



1: 1000000

0 10 30 60 Kil.

VAPHIO, famosa por el descubrimiento de admirables vasitos de oro del período micénico (S. Reinach, *Apollo*).

LYKOSURA, «madre de todas las ciudades pélagicas y centro del reino primitivo», situada en la cima de un monte (V. Bérard, *Les Phéniciens et l'Odyssee*).

PYLOS de Mesenia, en la proximidad del islote de Sphacteria y de la rada de Navarin, no es, según V. Bérard, la ciudad de Nestor que atravesó Telémaco dirigiéndose a Esparta (*Odisea*). El hijo de Ulises desembarcaría en una Pylos próxima a la desembocadura del Alfeo, al pie del monte Kaiapha (744 metros), y deteniéndose una noche en Aliphera (la Phera del poema), tomaría el único camino de carro que conducía a través del Peloponeso, por los valles del Alfeo y del Eurotas.

MEGALÓPOLIS, fundada por Epaminondas, en — 370; la situación estaba mal escogida, la ciudad tuvo una existencia efímera y una importancia casi nula.

MESSENA. Anteriormente a la ciudad indicada en el mapa, existió otra del mismo nombre, situada más al Norte, al pie del Monte Ithomé.

de una potencia militar, conservada con tan pocos cambios y una evolución interior tan lenta en aquella Grecia tan móvil y tan pronta á renovarse. Hombres de bronce, á quienes no turbaba el trabajo del pensamiento, los Espartanos podían quedar siendo casi los mismos en apariencia de generación en generación, en medio de un mundo rápidamente transformado. Eso es lo que expresaba la leyenda de Licurgo, retirándose á Delfos y dejándose morir de hambre, después de haber hecho jurar la observancia de sus leyes: de ese modo ponía á su pueblo bajo la protección solemne de los dioses que vengan la violación del juramento.

Desde el punto de vista de la naturaleza ambiente, las ventajas de Atenas sobre su rival del Peloponeso no son tales que atraigan el pensamiento, y aun, respecto de cierto orden de ideas, Esparta se hallaba realmente privilegiada. En primer lugar, el pequeño valle del Eurotas, con sus dependencias y sus anexos, es un territorio más rico que el país de Atenas, pobremente regado, falto frecuentemente de lluvia y rodeado de ásperas rocas. Exceptuando su feliz situación estratégica, al pie de una roca de fácil defensa que domina un valle muy abierto, llano y fértil, suavemente inclinado hacia el mar, Atenas no tiene en su ambiente inmediato nada que le dé una preeminencia natural sobre las demás ciudades de Grecia; hasta ese maravilloso cuadro que presentan los bosquecillos de olivos, las orillas sinuosas, las islas y los promontorios, las montañas de blancas aristas dibujadas sobre el cielo azul, ese conjunto armonioso se encuentra bajo mil formas, no menos puro y bello, sobre todo el contorno de la Hélade y otras tierras mediterráneas: á esos múltiples paisajes les falta solamente el recuerdo augusto del pasado, siempre presente en el respeto y la memoria de los hombres.

Las grandes ventajas materiales de Atenas son de aquellas que supo crearse por su industria, como sus canteras, que le dieron bellos materiales para la construcción de sus casas, de sus fortalezas y de sus templos, mientras que las ricas minas de plata del Laurium le suministraron en abundancia recursos para la conservación de su comercio. Los recortes del litoral le facilitaron singularmente las relaciones con los países extranjeros: la comunidad política defendida por



ATENAS — LA ACRÓPOLIS Y LA CIUDAD

Cl. Bonfilis.

la fortaleza natural de la Acrópolis, se hallaba á corta distancia — apenas dos horas de marcha — de tres puertos: Falero, Munichia con sus dos lagos, y el Pireo, absolutamente protegido contra los vientos de fuera, unido á una admirable rada, bajo el viento de la isla de Salamina. Además, la península del Atica es, de toda la Grecia continental, la comarca más inmediata al Asia Menor que, bajo la misma latitud, proyecta ante Europa dos penínsulas y dos cadenas insulares: en esos sitios apenas se cuenta durante un buen tiempo más que una jornada de navegación entre Europa y Asia, y los barcos pueden en su marcha hacer escala en numerosas islas. De ese modo, desde los primeros tiempos de su evolución histórica, el Atica, cuyo mismo nombre — Aktiké ó la «Punta», la «Península» — recuerda la situación relativamente al mar, había llegado á ser una potencia marítima. Su actividad irradiaba á lo lejos, mientras que Esparta, reino continental en medio de su península, procuraba encerrarse estrechamente en su antigua cuenca lacustre casi cerrada. Atenas contemplaba el mar

desde lo alto de su Acrópolis, y de sus tres puertos marchaban libremente los barcos hacia las islas del archipiélago, las penínsulas de la Grecia asiática y las radas de la Gran Grecia, mientras que su rival Laconia, separándose de la perspectiva natural que le mostraba al Sud la mar desierta, al oeste de Citea y de Creta, miraba sobre todo al Norte para aumentar su dominio de conquistas al otro lado de los muros sucesivos de la gran ciudadela del Peloponeso.

El contraste geográfico entre las dos ciudades era, pues, considerable; pero el contraste histórico, procedente de todos los medios sucesivos sobrevenidos durante las edades, era todavía mucho mayor. Los Espartanos, rodeados de enemigos declarados ó de esclavos que ocultaban bajo las exterioridades de la adulación rastrera un odio inmortal, no vivían sino para la guerra, con la continua aprehensión de la rebeldía, con el apetito constante de las matanzas y de los botines. Los Atenienses, descendientes de los antiguos Pelasgos aborígenes, á los cuales se habían asociado muchos inmigrantes rechazados hasta ellos por las invasiones dóricas, fueron los que en la historia representan mejor ese tipo heroico de la ciudad cuya individualidad cambiante se distingue tan bien en la unidad superior de Grecia.

Recordando Atenas, se ve aparecer al mismo tiempo cien otras ciudades griegas de casitas blancas escalonándose sobre las pendientes de una colina rocosa bajo la pálida verdura de los olivares. La patria, todo el grupo de familias aliadas contenido en ese estrecho espacio, formaba un todo completo, un verdadero organismo. Desde lo alto de su Acrópolis, el ciudadano seguía con la mirada los límites del territorio colectivo, á un lado la prolongación de la costa indicada por el blanco y espumoso ribete de las olas, al otro el bosque azulado que cubre la vertiente de las colinas, á lo lejos la cima de las rocas destacándose sobre las gargantas y los torrentes. El «hijo del suelo» podía dar un nombre á todos los arroyuelos, á todos los grupos de árboles, á todas las viviendas que veía en toda la extensión. Conocía á las familias que se cobijaban bajo aquellas cabañas, sabía dónde habían realizado sus hazañas los héroes de su nación, dónde habían lanzado el rayo los dioses. Por su parte las gentes del campo consideraban la ciudad como su cosa por excelencia: conocían perfectamente de ella los senderos que gradualmente se habían transformado

N.º 167. Atica



1: 1000000

0 10 30 60 Kil.

La ciudad de Chalcis del texto (página 302) está aquí designada por Khalcis. Se hallará también la ortografía Chalcidique, Chios, después Citea, Micenas, etc., al lado de Orkhomenos, Khersonese, y de Kimolos, Kythnos, etc. La regla que se hubiera deseado seguir, consistía en representar por Kh la X griega, y por K, delante *i* y *e*, la K griega, á menos que la palabra francesa escrita con Ch, ó C, no haya tomado una fisonomía más usual.

Oropos era el puerto en que desembarcaban los trigos de Eubea destinados á Atenas, Deceleia imponía la ruta del istmo de Atica (V. Bérard).